



MEMORIAS

DEL ESCLARECIDO

CIDE-HAMETE BENENGELI

autor celebérrimo

de la historia del ingenioso hidalgo

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Recogidas por Melique Zulema,

Autor igualmente verdadero, que Árábigo.

1 Nació Cide-Hamete Benengeli, (dice Melique Zulema, que escribió en arábigo esta obra que se traduce) en Máscara, población famosa del Africa, y patria también de los insignes escritores Abberroes, y Rasis el menor, dióle la fortuna por padres á Muley Benengeli, que ejercía la sastrería, y á la Fátima Aben-Amar, plañidora de muertos, y barrerera de la Mezquita.

2 Crióse robusto y sano desde sus primeros años, y á los diez empezó á aprender el oficio de su padre: no obstante esta ocupación, fué inclinado á los libros, y por este medio consiguió una más que mediana instrucción, que acabó de perfeccionarle su tío Benancel, moro bien conocido por su ciencia física en aquel pueblo, y otros comarcanos.

3 Hay dos autores árabes, entre ellos Rasis el menor, que dicen escribió siendo joven la historia de Calainos, pero cotejado su estilo con la que escribió del valiente manchego Don Quijote, Caballero de los Leones, es menester confesar que son de distintas plumas, bien que se hacen cargo los cotejadores de las distintas edades en que pudo hacerlo, pues cuando escribió las de Don Quijote ya era de madura edad.

4 No parece siguió siempre el oficio de sastre, porque cuando escribió los hechos de Don Quijote lo hallamos titulado Cide-Hamete, que quiere decir Xequé ó capitán, lo que pudo haber sido por nombramiento del bey, á quien tal vez vestiría; porque no hay duda tuvo habilidad, y un arquicel cortado de su mano se distinguía entre muchos por su aire de caperuzo, cuyo mérito pudo haberle premiado el bey con este nombramiento.

5 Su persona era bien dispuesta, de regular estatura, no de muchas carnes, algo quebrado de color; pero muy pintado de viruelas: tenía un modo de mirar figurando cortedad de vista (que no tenía) porque para mirar á alguno que le hablaba, ponía los ojos como entre abiertos, y levantaba la cabeza; la barba era poco poblada, y entre rubia, pelo negro, nariz roma y algo abultada, la boca más grande que pequeña, los labios gruesos, los dientes claros, y los de la parte de arriba algo saçados: porque parece que siendo muchacho no había querido dejarse sacar los primeros, y sobre ellos le habían nacido los segundos: en todo lo demás era proporcionado, aunque cojeaba algo de la pierna izquierda de resultas de una coz que le dió un caballo; pero esto sólo era en los cuartos de luna.

6 Su genio era alegre, chancero y aficionado á

burlas: á él se le debió la de la doncella Altisidora, la de los lelies, cuando se tuvo noticia del desencanto de Dulcinea, y la que se hizo á Don Quijote con la gatuna batalla de la reja del jardín de los duques, que pudo haber tenido peores resultas: nunca se le notó bajeza en el decir, y sus sales y picantes siempre las gobernó con modestia y cuidado.

7 Como sus primeros años estuvo aplicado á la sastrería, la tenía inclinación, y aun hay quien dice escribió un tratado sobre ella, enseñando por clases á las muchachas pobres este oficio, que hacía por moldes y muñecas de todos tamaños, de cuyo modo variándolas, y dejando en la primera clase el cosido de cualquiera modo, iba arreglando en las siguientes, según seguían los tamaños, el punto del cosido, y los demás correspondiente á este arte, que siempre miró (como toda ocupación de aguja) impropia de hombres con barbas, y muy propia de mujeres, á cuyo sexo decía era menester estancar ciertos oficios, para que se pudiesen mantener solteras, y casadas ayudar á sus maridos; pero siempre con reglas y economía en el cortado, y que así se hallarían en todas partes sirvientas útiles en esta ocupación, y otras indispensables en las casas, de que resultaría también desterrar las variaciones de cortados que llaman modas, y destruyen aquellas por seguir éstas: de que sólo los mahometanos están exceptuados, porque su traje cortado y cosido siempre ha sido uno.

8 Y á la verdad sirvió bien esta habilidad de Cide-Hamete en casa de los duques, porque él ideó los trajes que sirvieron para las distintas transformaciones que aparecen en la historia de Don Quijote, de varias colgaduras viejas que le dieron para este efecto; siendo lo más particular que pudo atraer

para su cosido á las sirvientas que tenían los duques, que no fué poca hazaña; porque á la verdad esta clase de gentes son poco aficionadas á la aguja, y algunas suelen por no tomarla prender con alfileres los ruedos de sus vestidos. Tal vez se dirá de esto, que escribió un tratado de sastrería para enseñar á las mujeres este oficio, porque hay autores que para escribir no se paran en averiguaciones de la verdad, sino que dan por cierto lo que oyen.

9 Ocupóse Benengeli en el corso, como comúnmente hacen los de su nación, y en una de las ocasiones que lo ejerció cayó en manos del señor Orazio Fregeli, barón de este título, de nación genovés, que venía en una poderosa fragata á un presidio de España, donde conducía víveres, desde cuyo día tomó ojeriza formal á todos los barones: quejábase mucho de la soberbia y vanidad de su amo, y de su mal trato, porque cuando no le tenía ayuno, le hacía comer carne de borrico por de vaca, con cuyo nombre metía las que traía de provisión; pero como era su esclavo, aunque la conocía bien, no la comía, y callaba, porque no le quitase la vida, como intentó hacer con otro esclavo de la misma presa por menos motivo. A todos los vendió en el presidio al primer dinero que le ofrecieron, y la fortuna hizo que Benengeli y otro fuesen regalados al asentista, quien después lo vendió á un capitán español que allí estaba de comisión de la Corte, el cual desde el primer día lo aplicó á su cocina, de modo, que en corto tiempo nuestro Benengeli pasó de capitán á doctor condimentario por sólo voluntad de la fortuna.

10 El capitán de vuelta á España pasó á la Corte á dar cuenta de su comisión, la que habiendo sido desempeñada á satisfacción del rey, le valió en premio una encomienda en el reino de Valencia de

donde era natural, y habiéndose retirado por sus achaques al de Aragón, la estuvo disfrutando muchos años sin salir de él, hasta que por complacer á unos duques sus parientes, que se hallaban á la sazón en unas casas de placer inmediatas al principal castillo ó palacio de sus estados, pasó á verlos, llevando en su compañía á nuestro Benengeli, por la mucha estimación que de él hacía, y se había granjeado con su travesura de ingenio; pues en el tiempo que estuvieron en Aragón se había dedicado á escribir los hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que en aquel tiempo andaba desfaciendo agravios, y enderezando tuertos con general aplauso, y no los había continuado por haberse divertido en otras ocupaciones, á su parecer, más útiles, bien que guardaba en apuntaciones la continuación de sus aventuras: prendados los duques de las buenas partes é ingenio que para todo mostraba Benengeli, entraron en deseo de tener en su cocina un jefe de tan buen gusto y disposición, para que desempeñase su opulenta mesa, y por medio del mayordomo solicitaron que el capitán lo vendiese: éste á pesar de la falta que le hacía quiso generosamente regalárselo á los duques, mas éstos de ninguna manera lo consintieron, y el capitán por hacerles obsequio consintió en la venta, aunque con harto sentimiento, así por el mal nombre de ella, como por el mucho cariño que tenía á Benengeli, el cual nunca supo el precio en que le había vendido, y si lo supo lo calló por fines que no pueden saberse: muchas veces decía que sus amos los duques lo quisieron mucho; pero aun más el mayordomo, quien le hacía partícipe de varias confianzas domésticas, y de algunas empresas de consideración, no siendo la menor la de concederle tiempo y proporción para que conti-

núase la historia de Don Quijote, con arreglo á sus apuntaciones, y otras que el mismo mayordomo le dió, y había hecho de orden de los duques, desde que la fortuna había deparado á la duquesa el feliz encuentro de los principales héroes de ella en la caza de altanería, lo que desempeñó tan puntual y verídicamente, como admira todo el mundo.

11 El arte de guisar le poseía perfectamente, en lo cual fué bastantemente celebrado, y muy particularmente en disponer y hacer el alcuzcuz, y el acemite, (que yo aprendí por él) y en el guiso almoronía se excedió más, como que fué su inventor, cuyos tres condimentos son los únicos que como reliquia se han conservado en España de los inventados por los mahometanos.

12 También puso en regla fija el guiso tan provechoso como económico de las acelgas, que hasta su tiempo variaba en perjuicio de las comunidades religiosas, y á él sólo deben la composición cocinal de este regalado manjar, declarado lajante en segundo grado por los médicos más famosos.

13 Fué algo inclinado á la música, y con especialidad al pandero de cascabel, á cuyo son bailaba la zambra con mucho primor, y enseñó á muchas mujeres manchegas este baile que redujo después á seguidillas, á causa de no poder bailar lo por el embarazo de la ropa, y agradó tanto este nuevo é importante descubrimiento, que solía decir muchas veces se propagaría por toda España, y no habría función de candil ó araña en donde, como por desahogo ó extraordinario, no se bailasen las tales seguidillas. Aprendió á tocar la gaita gallega, é hizo en ella tan rápidos progresos, que á su idea se debe aquella adición ó apacible bajo del cañón que sube y descansa sobre el hombro izquierdo, que llaman

bajo de moscón, porque lo imita en el sonido; por cuya imitación que le da tanta melodía, le ponen borlas y flecos, como en señal de aprecio; y ha llegado á tanto extremo, que se espera se coloque en el número de los instrumentos aéreos de Capilla, en cuya pretensión está la nación gallega para entrar como otras en el catálogo de inventora, de cuya excelencia está desposeída, habiendo inventado el instrumento gaita, citado por muchos autores músicos-líricos.

14 Alguna afición tuvo á la pintura, pero no quiso seguir el estilo de su proto-maestro Orbaneja, pintor de Ubeda (ciudad no distante del famoso río Guadalquivir, y muy célebre en su tiempo) que para mayor claridad al pie de lo que pintaba ponía su significado, v. g. este es *gato*, este es *perro*, etc. Mas Benengeli no quiso hacerlo así, porque gustaba que costase trabajo el determinarlo, en lo demás fué su imitador perfecto, aunque lo usó poco, por estar destinado á mayores empresas.

15 Sus buenos servicios, crecida edad, y muchas lágrimas que vertía por volver á su patria, movió á los duques á darles su libertad por ante escribanos: diéronle dinero para el viaje, y cartas para unos redentores que se prevenían á pasar á Africa á redimir cautivos, y en ellas abono del costo de navegación: acompañóle en parte de su viaje un tal Tosilos, de nación gascón, y de ejercicio lacayo, que iba á solicitar un empleo honroso en que acabar sus días, para lo cual llevaba buen número de escudos, y amen de unas patentes de cofradías que había servido, un auténtico testimonio ó certificado de haber sido el mismo lacayo Tosilos, que armado de caballero salió al palenque á combatir con el bravo Don Quijote, con lo que creía (según aseguraba Benengeli) sería bien despachado. y mejor atendido.

16 En la despedida de Benengeli hubo muchas lágrimas en parte de la familia que le amaba tiernamente y los duques y mayordomo sintieron su ausencia: quedó en escribir su llegada, y no lo hizo, porque su mucha edad, y trabajos padecidos en la mar, le conciliaron algunos achaques que se lo impidieron al principio, según se supo de los redentores, de los que debió morir, sino es que incurrió en la común ingratitude de los que logran la pérdida libertad, que luego se olvidan de su servidumbre, y aun de quien les concedió prenda tan amable=firmado: Melique Zulema.

Están fielmente traducidas según su original.

LAUS DEO

